

Políticas públicas sobre la lectura

Federico Reyes Heróles

Profesor e investigador universitario, analista político y escritor, Federico Reyes Heróles —autor de Anclajes, Sondear a México, Noche tibia y Abismo, entre otros— aborda en este texto, presentado en la Universidad Nacional de Colombia, una de las cuestiones fundamentales de la cultura contemporánea: las mutaciones de la lectura en el universo digital y su invariable necesidad civilizatoria para nuestras sociedades.

Comencemos con verdadero ánimo crítico. Cuestionemos desde la base el tema que hoy nos reúne. Lo primero entonces es preguntarnos por qué la lectura es deseable. ¿No se tratará acaso de un gozo personal de escritores y lectores que conformamos una pequeñísima minoría en nuestras sociedades? ¿No estaremos tratando de extender lo que quizá sea una debilidad individual a los mortales de nuestras sociedades que tienen otras formas de sobrevivir? ¿Tiene de verdad algún sentido fomentar la lectura por los beneficios sociales que ésta trae? ¿Cuáles son nuestros fundamentos para argumentar en ese sentido?

Comienzo por los que tienen sustento estadístico, científico. El CENEVAL (Centro Nacional de Evaluación para la Educación Superior) de México, que es una instancia independiente de monitoreo de los fenómenos educativos, ha logrado establecer algunas correlaciones

verdaderamente asombrosas. El principal centro de transmisión de valores de las sociedades en desarrollo sigue siendo el hogar. Lo será en tanto que la mujer no se incorpore plenamente al aparato productivo. El día que eso ocurra serán la escuela y los medios de comunicación los encargados de la transmisión de valores.

Dentro del hogar es la mujer la que transmite más valores y conocimientos a los hijos en edad de crianza, es decir hasta los doce años. La proporción frente al varón no es menor, estamos hablando de siete veces más valores transmitidos por la mujer que por el varón. Estudios de la Universidad Nacional Autónoma de México han mostrado, con claridad, cómo es la mujer la primera responsable del éxito o fracaso de los niños en la escuela. Por supuesto que el entorno es muy importante, por supuesto que la escuela de procedencia tiene un alto impacto pero ninguno es comparable

al que tiene la madre. Teóricamente si uno se concentra en las madres que tienen hijos en edad de crianza podría uno fortalecer a la próxima generación. De ahí lo dramático de la desertión femenina en las escuelas que condena a la próxima generación a malos niveles académicos, malos rendimientos y por ende, a la larga, colocaciones poco convenientes en el aparato productivo, es decir malos salarios.

Ustedes se preguntarán y con toda razón, ¿y esto qué tiene que ver con la lectura? En muchos de nuestros países, por desgracia, las madres tienen bajo nivel educativo y se encuentran ya fuera de los aparatos de instrucción; es decir el eslabón al futuro es débil. Regreso al tema, el CENEVAL ha demostrado que aquellos niños que sufren el infortunio de tener madres con escasos conocimientos pueden encontrar en la lectura una fórmula para catapultarse hacia el futuro. CENEVAL calcula que la lectura de al menos cinco libros al año, si no me falla la memoria, logra dar al educando conocimientos y formación que suplan las deficiencias del hogar. ¿Es acaso imposible pensar en cumplir con esa meta? No, sería mi respuesta, cinco libros al año podría ser un objetivo muy accesible en nuestras naciones. Primer argumento, la lectura puede ayudarnos a desarrollar nuestras sociedades supliendo las carencias inexorables.

Giovanni Sartori, como todos sabemos, se ha lanzado en una crítica feroz en contra de la pantalla. El asunto merece una evaluación cuidadosa y menos apasionada pero lo que sí pudiera ser importante para nuestra discusión es el vínculo que existe entre pensamiento abstracto y lectura. Varios estudios han demostrado que es ese acto solitario y silencioso de la lectura el que provoca lo que Hegel llamó: “el esfuerzo del concepto”. El concepto remite no sólo a la filosofía, también a la poesía o a las matemáticas.

Todo paradigma científico está construido a partir de eslabonamientos conceptuales que cruzan por la capacidad de abstracción. El problema es que en la sociedad del conocimiento, a la que todos deberíamos aspirar, la riqueza se genera precisamente en la producción de nuevos paradigmas y nuevos productos apuntalados por la ciencia y la técnica. Ya no es el carbón como en el siglo XIX, tampoco el petróleo lo que determina la riqueza de las naciones. De las cien economías más potentes del mundo más de cincuenta son ya empresas, muchas de ellas generadoras de patentes. La riqueza en la sociedad del conocimiento se mide entonces por el número de patentes que registra una nación o una empresa. Regreso al tema, en el siglo XXI el conocimiento será la clave para generar la riqueza que ahogue a la pobreza que por desgracia sigue siendo predominante en muchas de nuestras naciones. La lectura pareciera ser un excelente entrenamiento para

la conceptualización, para la abstracción que demanda el conocimiento complejo.

¿Por qué es deseable socialmente hablando la lectura? La respuesta pareciera tan simple como trascendente. En pleno siglo XXI la lectura es deseable socialmente porque nos puede ayudar a aliviar las carencias de nuestras sociedades. Por supuesto se puede hacer la defensa subjetiva de nuestro vicio y decir que ese encuentro solitario con la página, con el libro es uno de los actos más edificantes que pueda haber para el ser humano. Podemos agregar a ello que la construcción de mundos alternativos sólo se obtiene en ese encuentro lleno de sorpresas. Los argumentos de este tipo son tan variados y ricos como poco convincentes frente a los economistas que preferirían invertir en infraestructura y esgrimen buenos motivos para ello.

Hoy tenemos a la pantalla frente a nosotros. Esa pantalla que invade no sólo la intimidad de la recámara y rompe el diálogo familiar sino que ahora también se extiende a restaurantes y lugares públicos y que es de tal manera potente que absorbe las miradas y cancela las palabras. En *La resistencia*, uno de sus más recientes títulos, Ernesto Sábato se ha quejado amar-



Carlo Carrà, *Manifestación intervencionista*, 1914



Equipo Crónica, *Querido amigo*, 1976-1977

gamente de las consecuencias de la pantalla en su vida cotidiana. Pero además la pantalla ahora es móvil, se impone en los aviones, viaja en los bolsillos de los adolescentes, baja las miradas en lo que debiera ser una conversación de ojo a ojo. Así es que vale reflexionar sobre la importancia de la lectura a partir de la potencia de la pantalla.

Pero curiosamente todo ello ocurre en un mundo en el cual las letras, las palabras se convierten cada día más en un instrumento de supervivencia. Basta con viajar a Rusia o a China, para sentirse perdido en un aeropuerto o en las calles de una gran ciudad. Esa sensación de desasosiego por no poder encontrar las coordenadas mínimas para sobrevivir de manera independiente nos recuerda lo que deben de sentir los analfabetos de nuestras naciones. En mi país por fortuna el 92 por ciento de la población es considerada ya alfabetizada, pero nunca debemos de olvidar la vida mutilada de los que no lo son.

El mundo nos requiere el manejo de las palabras, ya sea a través del *Email*, de los mensajes electrónicos o simplemente al llenar los infinitos formularios de migración o de exportación de bienes o de declaraciones fiscales a las que estamos obligados. Falso es enton-

ces que las letras desaparezcan, lo que ocurre es que se desplaza la lectura profunda por la multiplicación de comunicaciones muy eficientes pero infinitamente superficiales, he allí el reto. En cualquier oficina contemporánea y moderna los ojos están puestos en la pantalla siguiendo las grafías que instantáneamente pueden llegar al otro lado del orbe.

Nunca antes el teclado se había multiplicado como en las últimas décadas, nunca antes las palabras habían viajado tanto como ahora, pero, ¿es ese tipo de lectura la que forma y permite la generación de conocimiento? Una vertiente optimista es la que provoca las posibilidades infinitas de allegarse información a través de la Red. La gente común adquiere así la mayor enciclopedia que jamás alguien se pudo haber imaginado. En mi país emociona ver a las nuevas generaciones en poblados pequeños y pobres sentados detrás de un teclado bajando información que de otra manera difícilmente les hubiera llegado. Allí valdría la pena recordar, como lo han hecho muchos autores, que la lectura es un fenómeno vinculado básicamente con la vida urbana, es allí donde surgen esos tiempos muertos, de espera, que pueden ser utilizados para acudir a la conversación con un sano amigo que silencioso viaja en nuestra mochila, en el portafolio e incluso en el bolsillo.

La discusión es compleja. Para muchos especialistas en el tema la diversificación de la lectura es un síndrome muy preocupante. Por este sendero caemos en la vieja discusión de las lecturas buenas y las lecturas malas. Rousseau brincaría desde su tumba: he conocido muchos libros malos pero ninguno que haga mal, era su sentencia. Hace un par de años se realizó en México una Encuesta Nacional de Lectura, un ejercicio verdaderamente fascinante que estoy seguro podría ser trasladado a muchas otras naciones del área. La información obliga a cambiar los paradigmas, ya no se trata de rastrear al lector solitario que se entretiene en un parque leyendo a Racine, a Keats o a Montaigne, sino de radiografiar el fenómeno de la lectura en sociedades cambiantes.

En varios países de la América Latina el fenómeno de la migración campo-ciudad sigue siendo asunto de la vida cotidiana. El campesinado tiende a desaparecer, deja los pequeños y dispersos centros de población y se encamina a las ciudades en busca de un mejor futuro. No es nada nuevo, ocurrió en Francia en el siglo XVIII y principios del XIX, ocurrió en Londres en mediados del siglo XIX. La migración campo-ciudad es un fenómeno doloroso, finito y deseable desde el punto de vista del bienestar que se puede ofrecer a los moradores de las ciudades. Difícil pensar que el migrante en primera generación, muchas veces analfabeto o con bajísimos niveles de educación, se convierta en consumidor súbito de libros. Sí en cambio ocu-

re, por fortuna, que gracias a los sistemas educativos amplios o abiertos, las próximas generaciones acceden a la lectura en lo general como una actividad diaria, cotidiana, insustituible.

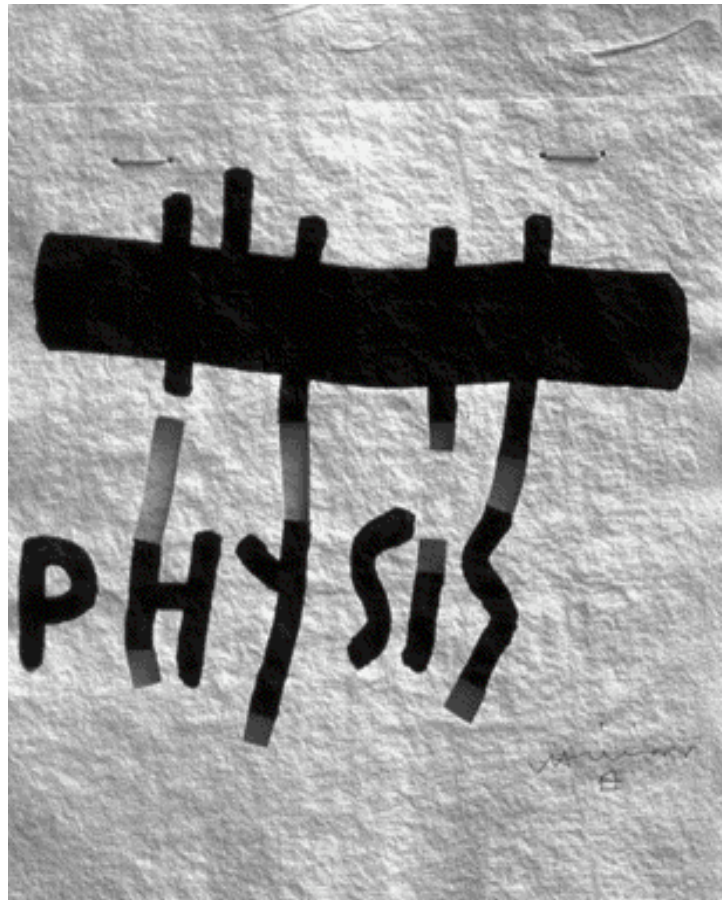
Según un estudio del año 2002 de la Asociación de Libreros de Europa y del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México tenía menos de cuatrocientas librerías para una población de más de cien millones de habitantes. Se llegó a afirmar que en México había menos librerías por habitante que en Haití. En el mismo estudio Colombia tampoco salía demasiado bien pues tenía en ese momento menos de 250 librerías. Sin embargo, por lo menos en mi país, ese diagnóstico es insostenible. Lo que ocurre es que el concepto de librería, es decir aquel establecimiento dedicado exclusivamente a la venta de libros, simplemente no encaja con la realidad. El mercado mexicano de lectores nunca había sido tan amplio, pero el punto de mayor venta de libros es una red de establecimientos muy conocida que conjunta varios servicios a la vez: cafetería, con frecuencia un bar, farmacia, venta de regalos de emergencia y un amplísimo anaquel de todo tipo de revistas que van del físicoculturismo, a las típicas publicaciones para adolescentes que quieren ser más bellas, las especializadas en automóviles de colección, que están colocadas junto al del *Nouvelle Observer*, *Der Spiegel*, *The Economist* o cualquier revista internacional.

Por supuesto en ese tipo de tiendas los libros de autoayuda se venden como pan caliente. En esos establecimientos, en particular Sanborn's o Vips, también ofrecen múltiples ediciones de García Márquez, de Carlos Fuentes, de Julio Cortázar, por supuesto Harry Potter está allí y un amplio anaquel de novedades da la bienvenida. Sí, el concepto tradicional de librería puede estar entrando en crisis, pero también es cierto que en la Ciudad de México nunca había habido librerías de las dimensiones de Gandhi, El Sótano, El Parnaso o la más reciente y bellísima del Fondo de Cultura Económica que lleva el nombre de la ilustre poeta mexicana Rosario Castellanos. Tampoco había habido una oferta especializada como la que hay ahora: esoterismo, religión, derecho, libros de texto, o cuestiones técnicas. El nuevo lector impone sus necesidades.

La industria editorial en México alcanza ya casi dos puntos porcentuales del producto interno bruto. Pero por supuesto este lector tiene muy poco que ver con la romántica imagen que tenemos del individuo que acude a las páginas de un libro por regocijo interior, por necesidad de ampliar sus horizontes culturales o sensibles. Se trata de un lector mucho más pragmático, menos vinculado a la academia, que probablemente trabaje en el sector de servicios en toda la gama que esto supone y que poco tiene que ver con la bucólica

imagen que guardamos del lector decimonónico. Curiosamente el nuevo lector mexicano lee mayoritariamente de día, 60 por ciento. Una porción muy importante acude a la lectura por razones de estudio o trabajo, 44 por ciento. La lectura como gozo es débil. La mayoría de los lectores lee entre semana y no durante el fin de semana en que teóricamente tenemos más tiempo para la recreación. Menos del 20 por ciento de los lectores afirma leer por gusto y menos del 7 por ciento lo hace por diversión. Un 0.8 por ciento admite que lee para poder tener de qué platicar. Más allá de juicios morales que surgen de reminiscencias que invaden sin permiso nuestra conciencia hay que leer con frialdad quiénes son los lectores.

Pero la lectura se da en un sitio concreto y requiere un elemento que es imprescindible: el silencio. La no interrupción del diálogo que se establece entre el lector y su lectura es la condición inexorable para fortalecer el vínculo. En paralelo a los esfuerzos por promover la lectura debemos procurar el respeto por el silencio del otro que es también el silencio que nosotros exigimos para leer. Muchos de los nuevos lectores leen en los transportes públicos, en el Metro, en el metrobús que por fortuna México ha copiado de Colombia, en las salas de espera o en un parque, por qué no.



Eduardo Chillida, *Physis*, 1997

Un fenómeno estremecedor de mi país se da en las bibliotecas públicas. Doy a ustedes algunos datos: en México cada año se constituyen alrededor de ochocientos cincuenta mil nuevos hogares, sea a través de un matrimonio formal o a través de uniones libres. Sin embargo mi país arrastra un déficit de alrededor de cinco millones de viviendas, es decir que hay muchas parejas, familias que viven refugiados en viviendas de otros familiares o amigos. Los espacios para la lectura y el estudio son por ello limitados. La respuesta del Estado a este problema comenzó hace un par de décadas y se centró en una política pública creo que muy afortunada, hacer de la biblioteca pública, de las cuales hay varios miles (7,100), un espacio que le permitiera a los jóvenes mexicanos pero también a los adultos encontrar esa garantía de silencio. No importa si el lector solicita un libro o no, esa medición tiene otras finalidades, lo verdaderamente relevante es que se dé el acto de la lectura.

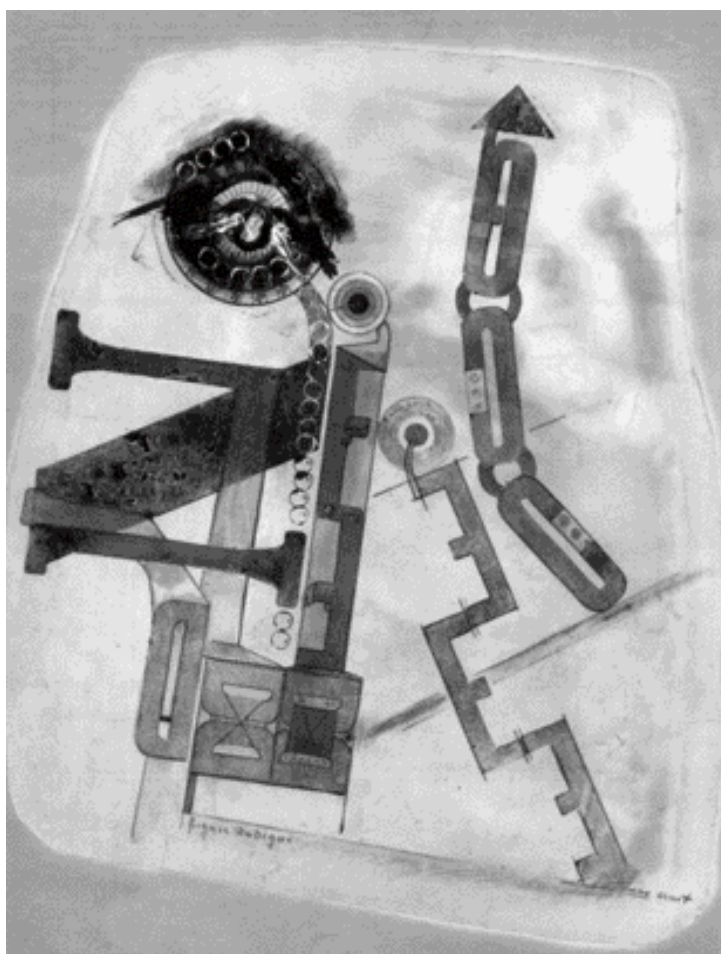
Por supuesto no todo es alentador, en un país con altos niveles de desempleo y sobre todo de subempleo, el 70 por ciento de los ciudadanos declara no tener tiempo para la lectura y un 33 por ciento declara que

simplemente no le gusta leer. Vamos a la primera cifra. No tener tiempo es no tener el hábito de buscar el recogimiento que la lectura demanda. No tener tiempo es carecer de la iniciativa para acotar la presencia de personas o distractores que cancelan la posibilidad de ese acto de encuentro, de esa discusión privada. Si algo crece en las sociedades que caminan hacia el desarrollo es precisamente el tiempo de ocio. Todos los números nos indican que la industria del entretenimiento es una de las mejores inversiones que se derivan de las características de nuestras sociedades contemporáneas. Esas mismas cifras globales nos muestran que la mayor demanda se centra en los deportes, de ahí la multiplicación de todo tipo de transmisiones deportivas e incluso de canales abocados en exclusiva a la discusión sobre los deportes. De ahí también que los programas culturales de televisión de debate político tengan que entrar después de las secciones deportivas de los noticiarios que son el bombón de *rating* televisivo. En esto en particular pareciera que vamos perdiendo la batalla.

Retomemos sin embargo esa luz esperanzadora en el sentido de que un pequeño porcentaje de la población quiere leer para tener de qué platicar. La pregunta es si la pantalla omnipresente permite la plática. Basta ver los amenazantes silencios que se provocan en restaurantes y bares con monitores prendidos que atrapan la mirada de los comensales. Surge así un asunto delicado pero que debemos afrontar: la lectura está cada vez más vinculada a los medios de comunicación. Los éxitos de librería muy frecuentemente cruzan por una promoción obligada en los medios de comunicación. Esto trae aparejado varios problemas. El tamaño de las editoriales es determinante en su vinculación con los medios. Para decirlo en pocas palabras, las editoriales pequeñas tienen muchas menos probabilidades de pagar *spots* en radio y televisión que las grandes.

La concentración editorial en el mundo tiene repercusiones que debemos analizar. En un país en el cual el ciudadano común ve más de dos horas diarias de televisión, la pantalla se convierte, bien usada, en una excelente vitrina de promoción de la lectura. Sin embargo pareciera que resulta inevitable caer en el círculo vicioso de que las cadenas televisivas sólo promuevan los libros con los cuales están vinculados sus propios intereses. Recientemente un amigo publicó un texto muy sugerente sobre el estado de salud del libro, me refiero al texto *A la sombra de los libros*, de Gonzalo Escalante Gonzalvo publicado por El Colegio de México. El subtítulo del texto nos da una idea de por dónde camina la discusión, se lee así: lectura, mercado y vida pública.

¿Existe un mercado del libro? Sí, por supuesto, creciente y muy atractivo desde el punto de vista comer-



Max Ernst, *Figure ambiguë*, 1919-1920

cial. Pero ese mercado del libro está íntimamente vinculado con la promoción mediática. Lo mismo ocurre con las revistas. No es casual, por ejemplo, que las dos principales televisoras de mi país tengan entre sus negocios laterales publicaciones de libros y revistas. Apoyados en las promociones televisivas surgen súbitamente autores de ventas millonarias cuya calidad no siempre corresponde a los niveles de ventas. Detengámonos un momento a revisar este cambio sustancial para los lectores.

Recurro a una anécdota personal. Mi primera novela, *Ante los ojos de Desirée*, se publicó en 1983 por una editorial pequeña, frágil desde el punto de vista financiero. Me refiero a Editorial Joaquín Mortiz encabezada por don Joaquín Díez-Canedo un gran editor de origen español. Don Joaquín era el prototipo del editor que se centraba en la calidad de los textos independientemente del éxito o fracaso de las ventas. Muchos de los grandes literatos de mi país como Carlos Fuentes, Octavio Paz, José Emilio Pacheco, Jaime Sabines, Juan José Arreola entregaron sus ediciones a don Joaquín Díez-Canedo. Es anécdota no comparación. En paralelo don Joaquín editaba textos internacionales de gran envergadura que debían llegar a México aunque fueran para algunos cuantos lectores, como André Breton u Oscar Lewis. Don Joaquín tenía la fama de ser un gran editor, muy exigente en la calidad de los textos y por ello cada libro que aparecía bajo su sello era en algún sentido lectura obligada. Pero también era conocido que don Joaquín no invertía un centavo en la promoción de los libros.

¿Cómo era que sus textos se colocaban en el mercado? La respuesta es muy sencilla, los críticos literarios serios, profesionales y escasos de mi país, compraban, porque creo que ni siquiera se los enviaran, los títulos del sello de don Joaquín. Eran ellos los encargados de indicar dónde había calidad e indirectamente provocaban la venta. *Ante los ojos de Desirée* fue propuesta para un premio muy importante gracias a las excelentes críticas que mereció, no más de diez. Yo no di una sola entrevista.

Les platico ahora cómo es la mecánica que vivo como escritor. La gran mayoría de mis textos han sido publicados por una enorme casa editorial bajo el sello Altea, Taurus, Alfaguara. Cuando el texto está en la sala

de partos, el departamento de promoción de la editorial secuestra al autor que tiene que dar infinidad de entrevistas a distintos medios. La segunda parte es iniciar lo que se conoce como un *road show* o sea una gira que lo lleva a uno a todo el país, a hacer presentaciones en las principales ciudades y, de nuevo, a ofrecer conferencias en estaciones de televisión, de radio y por supuesto para los periódicos locales. El esfuerzo promocional está contratado por la editorial y uno difícilmente puede intervenir en el bombardeo que viene después de cada libro. Comento con mi compañera de vida, con Beatriz, que es mucho más cansado promocionar los libros que escribirlos.

Además el principio de autopromoción no deja de ser incómodo y en algún sentido denigrante. Elogio en boca propia es vituperio. Recientemente comentaba yo con una gran amiga escritora, con Ángeles Mastretta, cuyas ventas son verdaderamente espectaculares y que ha recibido también el Premio Rómulo Gallegos, cómo ninguno de sus libros ha merecido en mi país en su ya larga carrera, una sola crítica literaria.

Termino. A decir de Proust nada cuesta más trabajo al ser humano que ir de una costumbre a otra. La costumbre está en nuestra vida cotidiana, en algún sentido habita en nosotros y también es dueña, para bien y para mal de nuestras vidas. Los lectores tenemos inculcada esa costumbre, la de leer, y difícilmente es modificable. Sería verdaderamente una tortura dejar de leer como ocurre en algunas personas mayores con debilidad visual. ¿Dónde adquirimos esa costumbre? Muy probablemente en el hogar y pudo haber sido reforzada en la escuela.

Regreso al inicio. Si la lectura tiene que ver con los hábitos, si la lectura tiene que ver con el hogar como indican todos los números, la lectura tiene que ver con el ejemplo de los padres, con su capacidad de generar aprecio y respeto a esa actividad. Salgamos de los parámetros moralistas en que la lectura es buena por sí misma. Soy un convencido de que así es. Pero la discusión hoy, sobre todo en países como los nuestros, cruza por la utilidad de la lectura para generar prosperidad, para disminuir el hambre, para lograr sociedades más justas.

La lectura es entonces también una fórmula de justicia a la que debemos de acceder. **U**

En pleno siglo xxi la lectura es deseable socialmente porque nos puede ayudar a aliviar las carencias de nuestras sociedades.